



## HOMBRES EN SOLEDAD <sup>(1)</sup>

**N**O enriquece Manuel Gálvez con esta nueva producción, ni la literatura ni la novela nacional; menos aun honra con ella las letras argentinas.

Aun cuando *Hombres en Soledad* pretende ser una novela, nos inclinamos a calificar la producción como una diatriba, es decir, escrito acre, violento e injurioso, lleno de invectiva contra todo lo que es argentino.

Parecerá temerario este juicio o demasiado severo, mas no es así: es la expresión fiel de la realidad. La nueva producción de Gálvez parecería tener por finalidad, presentar a los argentinos como los seres más sensuales y abyectos; el argentino es esencialmente materialista y cruel; no sabe ni le inquietan los problemas de orden cultural, científico o artístico; es el argentino el prototipo del guarango y del mal educado; no conoce la amistad que no justifique algún interés; no tiene ideales, rehuye el trabajo; y los hijos de este país, sólo hemos contribuido al progreso de la humanidad con nuestro tango y nuestra gomina. Por eso en Europa el argentino es un ser inferior.

---

Novela de Manuel Gálvez. Edición del Club del Libro.

El argentino — según lo afirman con rara unanimidad los personajes de Gálvez — no resiste un ambiente espiritual: es vanidoso, anhela posiciones a cualquier precio; a toda expresión superior, contesta con relatos de aventuras amorosas o comentarios de politiquería o con los consabidos cuentos alemanes o de aquellos otros de subido verdor. Aquí vivimos en un pudridero: no hay carácter, ni energía, ni juventud, ni patriotismo, ni disciplina, ni pasión. Sólo interesa el chiste estúpido, el tango sensual, los placeres de los sentidos, las carreras y los copetines. Es el nuestro un pueblo escéptico, de gozadores de la Vida.

¿Y Buenos Aires...? Buenos Aires es la ciudad opaca, sin impresiones estéticas ni religiosas, carece de espiritualidad: es una ciudad sin alma. Presentan los personajes de Gálvez a esta Buenos Aires, como un emporio de aturdidos y viciosos, ciudad dinámica donde corre el dinero y se buscan los placeres: ciudad desesperante cuyo ambiente deforma los espíritus. En ella no tienen cabida los «hombres selectos» — ni las mujeres también «selectas» — ni siquiera los escritores a quienes se difama cruelmente, porque en Buenos Aires sólo tienen ambiente el Football y el tango.

Es Buenos Aires la ciudad de los mal educados, de los horrorosamente mal educados: es preciso compararla con Europa. Las calles, los vehículos, las diversiones, todo es aquí atrabiliario, de extraordinario mal gusto, de pésima calidad. Las iglesias son frías, los centros de arte se parecen más bien a una feria de vanidades o punto de citas mundanas... hasta el sol de Buenos Aires es grosero, porque el sol de París es más suave y acariciante... en fin esto y mucho peor aun es Buenos Aires.

Pero para el Dr. -laraval — personaje central de *Hombres en Soledad* y por quien el autor parece tener una singular simpatía — Europa lo es todo; ir a Europa es la suprema aspiración de los argentinos. Allá sí, todo es espiritualismo, educación, sinceridad, honestidad; en Europa no se conoce el cálculo ni el interés: sólo quieren civilizarnos, a

pesar de habernos convertido en una factoría. Es menester haber vivido en Europa algún tiempo: allá hay ciudades, panoramas, bellezas estéticas... allá todo es sublime... hasta el amor que allá es lo que debe ser y aquí es cosa perruna.

¿La mujer argentina...? Los prejuicios más severos aun tienen arraigo profundo entre nosotros: las novias argentinas son espantosamente bobaliconas; las señoras reclaman sus libertades porque los maridos abusan de las suyas... cuando son inteligentes quieren «espiritualizarse» por vía de la más amplia igualdad de derechos, porque se ahogan en el medio ambiente argentino. Aquí no se perdona ni se comprende a las que — precisamente en Europa — han andado haciendo de las suyas con príncipes rusos o condes y marqueses de cualquier clase. Esas se ven obligadas a vivir en soledad en esta terrible e implacable Buenos Aires. Y no hay derecho para que ésto suceda: hay que civilizarse.

¿A qué seguir las páginas de *Hombres en Soledad* si en cada una de ellas se perfila ese propósito definido de invectiva que denota la profunda amargura de los personajes creados por Gálvez...?

Los argentinos no somos por cierto un exponente de virtud, ni tenemos una civilización de siglos; pero el medio ambiente en que Gálvez hace vivir sus personajes, no es el ambiente argentino: eso es falso. País cosmopolita, crisol de razas, de costumbres, de ideales, hay efervescencias de toda índole: pero también hay decencia, hay sentimientos de hogar, de honor, de amistad; aquí se hace vida espiritual y en mayor proporción de lo que generalmente se cree; aquí se estudia y se trabaja. En Buenos Aires hay muchos miles de hombres que no viven en soledad y se pueden contar por lujo los centros de labor, de educación y de cultura.

Las ciencias en todos los órdenes tienen en la Argentina autorizados exponentes que han traspuesto las fronteras del país; el arte y la cultura han avanzado con paso firme; las industrias y el comercio han levantado monumentos de



progreso. Y si el football y las carreras tienen tantos adeptos, es porque en nuestro país hay de todo y para todos.

No es justo poner de relieve todo lo malo, sin decir nada de lo bueno. El avieso propósito del autor de *Hombres en Soledad* fluye de sus propios personajes: cuando alguno de ellos — de los más insignificantes — pretende defender algo de lo bueno que tenemos los argentinos, apenas lo hace débilmente y cae el telón. Pero el Dr. Claraval o cualquiera de «las intelectuales» que se desatan en impropiedades contra todo lo argentino, siempre quedan con la última palabra.

Esta actitud de Gálvez es criticable: apartándonos de la serie no interrumpida de adulterios y divorcios que con crudeza nos ofrece el autor en su diatriba, y dejando de lado por estar ya cotizada la literatura pesada de *Hombres en Soledad*, queremos hacer resaltar sobre todo la actitud de este escritor argentino que pretende hacernos aparecer como no somos; que pretende juzgar a todos los argentinos, generalizando conceptos, a través de un montón de personajes que viven al margen de la vida normal argentina. En una palabra: que nos denigra gratuitamente.

Ningún escritor tiene derecho para hacer estas cosas: a denigrar un pueblo y enlodar todo lo que sea argentino, como lo hace Gálvez en su última producción.

Si se alega aquello de que llamando las cosas por su nombre, es posible curar los males que afligen la sociedad, puede que el cáustico sistema sea bueno; pero ello no da derecho para llegar a la licencia y provocar a toda una nacionalidad. Los argentinos somos algo más de cuanto piensan los personajes de Gálvez.

Por otra parte no había necesidad de llegar a tanto para hilvanar la trama de una novela, que precisamente por llegar a tales demasías, deja de ser novela para convertirse en una diatriba.

Y Europa... ¿Europa no tiene acaso peores lacras que las nuestras...? ¿Es que hay más decencia que aquí en aque-

llos centros de «espiritualidad» donde aspiran a calmar sus inquietudes los argentinos que Gálvez nos pinta en soledad? ¿Es que allá no hay carreras y copetines, football y maleducados...? ¿Es que en Europa no hay vanidad, placeres y truhanerías, tal vez más refinadas que las que indudablemente existen en ciertos ambientes argentinos...?

No por ello tenemos el derecho de juzgar a los pueblos de Europa como anormales y amorfos. Señalemos los vicios, pero hagamos presentes las virtudes, toda vez que unas y otras existen en toda la humanidad. Ese es el deber del escritor que quiera distinguirse por su lealtad y por la sincera inspiración que lo guía.

